

Hacer a los italianos. Los generosos anacronismos del patriotismo italiano.

Raffaele Romanelli

Università degli Studi di Roma "La Sapienza"

Resumen: El presente artículo aborda críticamente el importante papel que ha correspondido a los usos del pasado en el proceso de construcción política y cultural de Italia. Partiendo de una distinción conceptual entre nacionalización y modernización, el autor argumenta que dicho proceso está cubierto de tensiones, matices, luces y sombras. Desde la Unificación hasta nuestros días, la actividad académica histórica ha sido utilizada para erigir un pasado y una identidad comunes no sin notables anacronismos históricos. Pero ese esfuerzo de pedagogía nacional no siempre ha sido unívoco, ni ha logrado una neta penetración social, ni tampoco ha acabado con las querellas sobre la [falta de una] identidad nacional italiana.

Palabras clave: Italia contemporánea, identidad nacional, historiografía, nacionalización, modernización.

Abstract: This article focuses on the prominent role of uses of the past in the Italian political and cultural building process. Departing from the conceptual distinction between nationalization and modernization, the author underscores the tensions and shades involved in this process. The discipline of History has served since the Unification to the present day to build a common past and identity even if through historical anachronisms. This national pedagogical task, however, has not always followed an unidirectional path; neither has it succeeded in reaching a deep social scope, nor has it put an end to the quarrels about [the lack of] Italian national identity.

Key words: Contemporary Italy, national identity, historiography, nationalization, modernization.

* Traducción de José Luis Ledesma.

Una de las frases más célebres de la retórica nacional italiana reza que «*Fatta l'Italia, bisogna fare gli Italiani*»: «Hecha Italia, hay que hacer a los italianos». La habría pronunciado un político piemontés, Massimo d'Azeglio, inmediatamente después de lograrse la unidad, en 1861, cuando guerras e insurrecciones habían tenido un resultado imprevisto y afortunado unificando el país bajo un nuevo reino al que, sin embargo, no correspondía proceso real alguno de unificación económica, cultural o social. De modo que quedaba aún todo por hacer. Quedaba por hacer, precisamente, a los italianos. La falta de una unidad nacional y de una identidad común ha estado ininterrumpidamente desde entonces en el centro de reflexiones, debates y estudios. Proporcionar al país un pasado común ha sido así tarea obligada de la actividad académica y cultural, una tarea resuelta no obstante de manera diferente en las diversas etapas y contextos del siglo y medio siguiente.

La frase de Massimo d'Azeglio resulta muy eficaz y recoge a la perfección un estado de ánimo, una preocupación y un proyecto político. Pero todavía más reveladora es la historia de esa frase, que de hecho nunca fue pronunciada. En esa forma directa y sintética fue más bien la reelaboración de otro político, Ferdinando Martini, que data no de la inmediata post-unificación, sino de treinta años después. Es decir, de cuando el nuevo reino era ya un hecho consumado pero nuevos fenómenos sociales y políticos habían de volver a las clases dirigentes italianas –al igual que a las de otros países europeos– particularmente sensibles al tema de la identidad nacional y a las políticas de «nacionalización de las masas»¹. En todo caso, también en la forma que legara Martini en 1896, la frase «Hecha Italia, hace falta hacer a los italianos» ha adquirido una gran difusión hasta el punto de haberse convertido en un estereotipo un siglo después, a finales del XX, en el clima cultural dominado por el debate europeo sobre el *nation building*, la invención de la tradición y, por lo que respecta a Italia, en el momento álgido de una renovada «cuestión nacional» como la que se ha vuelto a plantear en el último tramo de la pasada centuria.

En torno al problema de «hacer a los italianos», se nos presentan por tanto tres momentos históricos: para empezar, el de la primera formación del estado nacional; después, la etapa durante la cual la ampliación de la sociedad hizo más perceptible el problema de la nacionalización; y por último, el debate de la segunda mitad del Novecientos sobre la identidad nacional. En cada uno de ellos emergen diversos aspectos de un mismo problema nacional y por lo tanto distintas posturas respecto al pasado histórico y a los diferentes usos públicos de la historia.

Partamos del movimiento por la unidad italiana. El hecho de llamarlo «*Risorgimento*» («resurgimiento») muestra ya el fundamento histórico de aquel movimiento que aspiraba a hacer «resurgir» una nación dividida y ocupada desde hacía siglos. Toda la lucha política de la primera mitad del siglo XIX se había producido en torno a referencias históricas y literarias. Sin embargo, no estaba siempre claro a

¹ La precisión procede de SOLDANI, S. y TURI, G.: «Introduzione», *Fare gli italiani. Scuola e cultura nell'Italia contemporanea*, I, *La nascita dello stato nazionale*, Bolonia, Il Mulino, 1993, pp. 17-18.

qué Italia pasada se referían las mismas, habida cuenta que para hallar un periodo en el cual la península itálica estuviese unida bajo un mismo gobierno se habría debido retroceder hasta el imperio romano, lo cual no ofrecía argumento alguno en favor del estado nacional. No por casualidad, las dos orientaciones más importantes que se enfrentaron en torno al 1848 fueron denominadas «neo-güelfos» y «neo-gibelinos», en referencia a las facciones ciudadanas de la Italia comunal, y ninguna de ellas ofrecía ninguna perspectiva nacional.

Conseguida la unidad política, y al igual que otros muchos regímenes de nueva formación que deben fundar una memoria oficial, el nuevo reino de Italia dio también un fuerte impulso a la organización de los estudios superiores y al estudio de la historia. Se fomentó la convocatoria de congresos históricos y se promovieron estudios en torno a importantes centenarios que permitían reivindicar una gran tradición cultural «nacional» y laica (el quinto centenario del nacimiento de Galileo Galilei tuvo lugar en 1864, al año siguiente se hizo gran hincapié en el sexto centenario del nacimiento de Dante y en 1869 fue conmemorado el cuarto centenario del de Maquiavelo). Más adelante, en 1883, fue creado el «Instituto Histórico Italiano». Como escribiera en aquella época un historiador, «se diría que al evocar laboriosamente desde bibliotecas, archivos y monumentos las sombras del pasado, nuestros doctos eruditos las reavivaron proyectando sobre ellas sus propios sentimientos y haciendo a un tiempo suyas las pasiones del pasado evocado que podían estar más próximas a dichos sentimientos; así pues, de semejante unión del ayer y el hoy nacieron a menudo singulares principios históricos y, con ellos, particulares teorías políticas que resultaban generosos anacronismos del patriotismo italiano»². Esos «generosos anacronismos» tenían por objeto establecer un recorrido, o los diversos recorridos que conducían al presente y a la formación del reino. Se trató en algunos casos de estudiar los orígenes del «estado moderno», que ciertamente no se había constituido como estado nacional entre los siglos XV y XVIII, como ocurriera en los grandes reinos europeos, pero que para algunos podía presentar importantes experiencias en el pensamiento político italiano del XVI —se prestó así una cierta atención a Maquiavelo— y más tarde en el reformismo absolutista. En los debates, políticos e historiográficos, que desde entonces se desarrollaron con asiduidad sobre los nexos que se venían estableciendo entre el *Risorgimento* nacional y la Revolución francesa, una historiografía nacionalista pretendió sostener el carácter autóctono —y no derivado de Francia— del impulso modernizador italiano. En esa misma línea, fueron publicadas significativas historias de la monarquía de los Saboya, en una de las cuales, al elogiar las virtudes de los mismos, el más importante de sus biógrafos afirmaba que era precisamente su valor lo que había evitado a Italia los excesos franceses. El mismo carácter para muchos cerrado y poco dinámico de aquella monarquía

² Cit. en MORETTI, M.: «Note su storia e storici in Italia nel primo venticinquennio postunitario», en P. Schiera y F. Tenbruck (a cura di), *Gustav Schmoller e il suo tempo: la nascita delle scienze sociali in Germania e in Italia*, Bologna, 1989, pp. 63-64.

resultaba así descrito como promesa de futura salvación nacional: «el éxito final justificó su formulación»³.

La historiografía sobre los Saboya no fue sino una de las dimensiones de la historiografía del *Risorgimento* y patriótica. Ante la ausencia de sólidas anclas en el pasado remoto, para suministrar la base documental y retórica de un discurso patriótico se dirigió la atención a la historia reciente. Se construyó así un «canon *risorgimentale*» alrededor de cátedras expresas de «Historia del *Risorgimento*» (desde finales del siglo XIX, cuando fueron instituidas tales cátedras, hasta mediados del XX la historia contemporánea era enseñada en las universidades italianas únicamente como «Historia del *Risorgimento*»), de museos de historia del *Risorgimento* y de «Diputaciones de historia patria» creadas expresamente en diversas ciudades, y añádase a ello un nutrido programa de construcción de monumentos dedicados al rey Víctor Manuel II y a las más conspicuas figuras de la épica *risorgimentale*. La mera celebración de las virtudes de la casa reinante no era de hecho suficiente. La Casa Saboya era por lo demás poco popular, para nada «italiana» y en modo alguno representable en un sentido liberal-constitucional. El paradigma patriótico hubo de equiparar en torno al «gran rey» una serie de personajes, patriotas y líderes políticos que en realidad habían tenido orientaciones muy dispares y con frecuencia antagónicas, en un esfuerzo de sincretismo que aglutinaba a menudo símbolos de orígenes y procedencia de todo jaez. El gran monumento a Víctor Manuel II erigido en el corazón de Roma es el máximo ejemplo⁴.

Pero este movimiento nacionalizador pertenece antes bien a la segunda fase apuntada más arriba; aquella en la que la ampliación del sufragio, la aparición del socialismo y el progreso económico comportaron la implicación de unas más vastas masas populares en los procesos sociales y políticos y llevaron a acometer en toda Europa políticas de «nacionalización» simbólica y retórica de las masas. Y en esta etapa tiene cabida la reelaboración de la frase de d'Azeglio, producida después de que la derrota de Adua, en Etiopía, mostrara sin tapujos hasta qué punto era inadecuada la «nacionalización» de los italianos. Referida a aquella época, y analizada hoy con la sensibilidad derivada del estudio del *nation building*, también aquel «hacer a los italianos» aparece como un instrumento «normal» de aculturación patriótica.

En ese sentido, se podría decir que esa política nacionalizadora tuvo éxito, en la medida que creó una cultura patriótica común, una *koiné* política nacional. Pero no por esto habían sido creados los italianos. A lo sumo había sido creada una burguesía italiana, un estrato social todavía muy reducido y opuesto a las lejanas y diversas masas populares.

Y es que el discurso histórico sobre el *nation building* confunde a menudo las políticas de nacionalización con las que suelen llamarse de modernización. Si las pri-

³ La frase es del historiador CICCOTTI, E.: cit. en *Ibidem*, p 76.

⁴ Me he detenido en este aspecto del *nation-building* italiano en «Memoria e identidad política. La Italia contemporánea», ponencia presentada al VII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Santiago de Compostela (en prensa en las Actas de dicho evento).

meras tienen el objetivo de difundir referentes culturales comunes a toda la nación, las segundas apuntan a movilizar profundamente el cuerpo social –idealmente todo el cuerpo social– en un sentido económico, social, político y cultural; y *por consiguiente* también a politizar a las masas. En ambos sentidos cabría hablar de «hacer a los italianos». Entonces, recién completada la unificación, cuando ninguno de los dos procesos se había puesto en marcha, se superponían fracturas muy profundas de diversa naturaleza socio-económica y cultural-territorial. No resulta casual que la adopción de un sistema electoral a la francesa, de tipo censitario y formalmente igualitario, permitiera ampliar el sufragio sólo muy lentamente y con dificultades a causa del retraso económico-social del país, pero *también* a causa de lo ajenas que eran las masas a los procesos de politización.

La distancia de las masas, en particular las urbanas, respecto de la burguesía «italianizada» es completamente excepcional en el panorama europeo y va mucho más allá de la separación de las «dos naciones» de la que escribiera Disraeli. Los ciudadanos de algunas regiones italianas vivían en un estado de primitivo embrutecimiento que era percibido antropológicamente tan distante por las clases dirigentes que las predispuso a un espontáneo racismo colonialista interno que no tuvo dificultad en tornarse externo cuando se inició la empresa africana. A lo cual es preciso añadir que el horizonte mental y valorativo de este «otro mundo» era de tipo religioso y naturalmente gobernado por una Iglesia católica con la cual el nuevo estado entró en guerra desde el primer momento. «Italia nace excomulgada», como ha escrito de manera eficaz un historiador de nuestros días para subrayar la gravedad de la abierta hostilidad de la Iglesia frente al conjunto del proceso nacional-liberal⁵. Conocido es que los italianos entraron en Roma a cañonazos, y que entre 1870 y 1929 el Pontífice se consideró prisionero de aquellos mientras que la cultura católica toda era ignorada, cuando no obstaculizada, por el programa de nacionalización. De modo que ese programa fue el de una minoría de vencedores que tenía en su contra no sólo el retraso o la ignorancia, sino también la secular y extendida cultura de la población. Así pues, si es cierto que, a diferencia de otras naciones europeas, Italia era religiosamente homogénea, el proyecto unitario era sin embargo anti-religioso. Era antirreligioso como era antipopular, al menos en el sentido de manifestarse una incompatibilidad a veces igualmente neta frente a los componentes radicales extremos del movimiento *risorgimentale*. Se hablaba más arriba del sincretismo monumental y conmemorativo que, con generosos anacronismos, englobaba en torno al «gran rey» a los líderes históricos del patriotismo nacional, incluidos Garibaldi y Mazzini. Pero tal cosa sucedió después de que murieran y de que su herencia política, alejada del horizonte patriótico, alimentara oposiciones intransigentes que pronto se confundieron con las del naciente movimiento campesino y

⁵ CAFAGNA, L.: «Legittimazione e delegittimazione nella storia politica italiana», en L. Di Nucci y E. Galli della Loggia (a cura di), *Due nazioni. Legittimazione e delegittimazione nella storia dell'Italia contemporanea*, Bologna, Il Mulino, 2003.

obrero, tratéase del anarquista o del marxista, un movimiento que tuvo siempre un claro componente extremista.

Así pues, los «generosos anacronismos» que el patriotismo italiano cultivaba en las escuelas, en las universidades y en las plazas de Italia concernían a un estrato social estrecho y asediado y significaban excluir también del horizonte historiográfico cuestiones muy relevantes para la historia del país, como las que se referían al papel histórico de la Iglesia. Lo cual acentuaba tanto las características elitistas y pedagógicas de la ideología patriótica como su cierta abstracción e irrealidad, que por lo demás correspondían a la naturaleza esencialmente literaria y retórica del movimiento nacional. No menos arraigada estaba además otra «alteridad» que se sobreponía a las anteriores, la que oponía el norte (o el centro-norte) al sur del país, a su «Mezzogiorno». Mezzogiorno era un concepto nuevo, un producto de la unificación nacional que aglutinaba regiones y provincias diversas en una común diferencia respecto al más avanzado norte. En el crisol de esta «otra» cultura, meridional, católica o radical, se difunde también la imagen de la unificación como «conquista regia»; o, mejor, no como resultado de un moderno movimiento nacional, sino antes bien como anexión militar y dinástica, como usurpación y vejación. Esta fue la base de numerosos escritos del todo ajenos a la cultura oficial, cuando no clandestinos, de inspiración católica o radical, pero también de una publicística de oposición interna al sistema liberal decepcionada por los frutos políticos y económicos de la unificación y que denunciaba la distancia entre el «país legal» y el «país real», según se decía por aquel entonces. Desde ese punto de vista, numerosos estudios sobre las condiciones económicas y sociales del Mezzogiorno resaltaron la insuficiencia del liberalismo italiano, la fragilidad de la constitución política y de sus bases económicas y el escaso calado moral de su sistema parlamentario. A partir de una obra de síntesis firmada por Alfredo Oriani en 1892, *La lotta politica in Italia*, y de una antología de 1896 debida al poeta republicano Giosuè Carducci, *Letture del Risorgimento italiano 1749-1870*, las vicisitudes de la historia contemporánea, del *Risorgimento* y de las décadas postunitarias atrajeron cada vez más la atención de los estudiosos y la investigación histórica se convirtió en terreno de encendida confrontación política. Mientras tanto, la acusación de «insuficiencia burguesa» dirigida contra el proceso de unificación devenía en uno de los caballos de batalla de la cultura marxista y sostendría después el análisis hecho por el fascismo, entendido no como revolución sino como «revelación» de los males de la Italia liberal.

Fijados así los límites dentro de los cuales se ha desarrollado la «construcción de los italianos», podemos retornar a los materiales históricos utilizados. Nos hemos referido a la historiografía dinástica o que trataba las empresas recientes del *Risorgimento*. Se ha aludido a cuestiones que se refieren a la historia del estado moderno y de sus teóricos, un tema por lo demás del todo secundario en la literatura del momento. En realidad, de todos los posibles, el periodo donde mejor encontró inspiración el discurso nacional fue la Edad Media, en particular las vicisitudes de los

municipios italianos. Lo cual no deja de tener interés, puesto que no parecía en verdad factible encontrar en ellos fuente alguna de legitimación para el estado nacional unitario y hacer referencia a ese asunto fue siempre bastante problemático. Ya en la primera mitad del siglo XIX tuvo gran fortuna editorial la *Storia delle repubbliche italiane* del escritor toscano (aunque ginebrino de origen) Simonde de Sismondi, cuya lectura exaltaba el «espíritu de independencia» de las ciudades italianas frente a los extranjeros, pero al mismo tiempo reforzaba una visión liberal-aristocrática que «identificaba precisamente el pluralismo territorial y el virtuoso ejercicio del poder a escala local por parte de las correspondientes élites sociales como el rasgo distintivo de la tradición histórica de la península: la contribución original, en suma, que Italia podía ofrecer al nacionalismo decimonónico»⁶.

Todavía más explícito resulta otro título que enfatizaba el rol de las «patrias chicas», *La città considerata come principio ideale delle istorie d'Italia*, trabajo del lombardo Carlo Cattaneo aparecido en 1858 y que por su parte tenía una orientación democrática. En el pluralismo urbano medieval, la opinión italiana podía encontrar en efecto inspiraciones políticas muy dispares, desde la moderada-conservadora hasta la democrático-republicana, mientras que la imagen de la libertad municipal contrapuesta al estado «burgués» nutría a su vez las ideologías antisistema, caso de la socialista y, con más sólidos argumentos históricos, la católica. No en vano, el modelo institucional que tuvo mayor fortuna —al menos retórica— bajo el fascismo, el corporativo, se inspiraba en la recuperación de las corporaciones medievales elaborada por el pensamiento social católico a finales del siglo XIX. Y mientras que con Werner Sombart la sociología encontraba en el Medioevo italiano los orígenes del moderno espíritu burgués, en el campo historiográfico, algunos de los mayores estudiosos italianos, como Pasquale Villari, Gaetano Salvemini y Gioacchino Volpe, fijaron un nexo de unión destinado a tener larga vigencia entre estudios medieválisticos, compromiso político e investigación sobre la Italia contemporánea. De hecho, los tres fueron estudiosos de la Edad Media que se mostraron muy activos en la política de su tiempo y dedicaron importantes trabajos a la historia de la Italia contemporánea (el segundo de ellos, Salvemini, socialista y más tarde uno de los padres del antifascismo democrático, había escrito también un volumen sobre la Revolución francesa).

También durante el ventenio fascista se hizo abundante uso de la mitología medieval, aunque combinada con las referencias renacentistas que mejor permitían elogiar del poder de las señorías las proezas guerreras e inteligencia militar de los *condottieri*. A Francesco Ferrucci, por ejemplo, comandante de las fuerzas florentinas derrotado por los imperiales en 1530 y celebrado en el canto de los italianos (de 1847, e himno oficial de la República desde 1948), el fascismo le rindió nuevos honores, reconociendo en las bandas armadas del Renacimiento a los precursores del

⁶ Así, MERIGGI, M.: «Le Italie dell'Ottocento», en I. Botteri (a cura di), *Revisioni e revisionismi. Storie e dibattiti sulla modernità in Italia*, Brescia, Grafo, 2004, p. 83.

escuadrismo fascista⁷. Pero fue sobre todo la antigua Roma la que proporcionó al fascismo su más importante referente ideológico. Las referencias a la Roma antigua ya habían tenido relevancia en el mensaje político italiano durante el *Risorgimento*, en particular por parte de Mazzini, quien combatió del lado de la República proclamada en Roma en 1849 cuando por un breve periodo el Pontífice fue expulsado. Centro del catolicismo y lugar de la memoria, o de las memorias clásicas, Roma se aparecía desde ambos puntos de vista como expresión de ideales universales y por ende resolvía el problema del localismo italiano no en un sentido nacional sino en una dimensión más amplia y menos determinada. Para los mazzinianos, una Roma liberada del Papa debía ser la fuente de un nuevo mensaje universal, de una nueva religión opuesta a la católica, la religión de la humanidad, de la ciencia y del progreso. Una vez ocupada definitivamente la ciudad en 1870 y creada la capital del nuevo reino, esta «tercera Roma» (tras la antigua y la católica) tardó en concretarse en proyectos urbanísticos, académicos o museísticos y como centro político no se mostró a la altura de las expectativas (al punto de ser identificada antes con Bizancio que con la Roma clásica). Por tales motivos, la imagen de Roma se proyectó más que nada en el terreno del mito literario y de la referencia retórica, y la Roma republicana dejó su puesto a la imperial, sobre todo cuando a finales del siglo XIX y en el XX se difundieron los discursos nacionalistas y colonialistas. El mito de Roma fue a partir de entonces el mito imperial y sustentó la guerra italo-turca y la conquista de Tripolitania y Cirenaica, rebautizadas al modo romano como Libia y representadas como el regreso de las viejas águilas imperiales al norte de África; como la refundación de una civilización latino-mediterránea (y por tanto distinta de la germánica y de la islámica y a la postre bendecida también por la Iglesia). Tales motivos serían destacados hasta la extenuación por el fascismo, que los usó como fundamento obsesivo y en ocasiones hasta grotesco de autorrepresentación, conformando así no sólo la arquitectura y el arte sino también las costumbres, la toponimia, el calendario y los usos sociales (caso, entre otros, de la abolición y sustitución del apretón de manos por el «saludo romano»). Por su parte, en el campo de los estudios,

«los arqueólogos y los historiadores del arte romano, así como los historiadores en general, los filólogos y los historiadores del derecho, participaron no tanto en la elaboración del mito de la romanidad, que se basaba en elementos simples contruidos fuera de las universidades, cuanto a proveer a estos elementos –y a la visión de conjunto que de ellos resultaba– del soporte de la necesaria credibilidad científica y autoridad académica»⁸.

En el ámbito de los estudios clásicos no hubo por lo demás tensiones interpretativas de inmediato contenido político. Pero muy distinta era obviamente la situación en el ámbito de la historia contemporánea, donde el nexó entre *Risorgimento*, Italia liberal y fascismo ofrecía abundante material de enfrentamiento entre opinión fascis-

⁷ Véase CAVAZZA, S.: *Piccole patrie. Feste popolari fra regione e nazione durante il fascismo*, Bolonia, Il Mulino, 1997, pp. 210-211.

⁸ GIARDINA, A.: «Archeologia», en V. De Grazia y S. Luzzatto (a cura di), *Dizionario del fascismo*, Turín, vol. I, A-K (2002), p.87.

ta y antifascista. Unos y otros coincidían en cierto modo en remontarse al *Risorgimento* para expresar un juicio marcadamente negativo sobre la Italia liberal y enfatizar los límites de ésta. Límites respecto de los cuales el régimen fascista era la superación revolucionaria para unos, y según otros la manifestación o la «revelación», según la fórmula propuesta por un hombre del sur como Guido Dorso y compartida en lo sustancial por los más conocidos autores antifascistas, caso del liberal Piero Gobetti o del demócrata Gaetano Salvemini. En este marco adquiere un notable significado la publicación en 1928 de la *Storia d'Italia dal 1871 al 1915* del gran filósofo liberal Benedetto Croce, quien con meridiano empeño político-civil emitía un juicio globalmente muy positivo de las clases dirigentes liberales y de sus logros y destacaba los momentos de moderación y equilibrio político, como los años del «transformismo» de Depretis o de Giolitti, que en cambio representaban los objetivos más polémicos de la historiografía radical tanto de derecha como de izquierda. En términos antitéticos se expresaba un año antes el medievalista fascista Giacchino Volpe con *L'Italia in cammino*, una obra dedicada al mismo período que exaltaba sin embargo los momentos cumbre del periodo de Crispi, a finales del XIX, el nacionalismo posterior y la llegada de Mussolini. Las historias de Croce y Volpe se convirtieron en los manifiestos históricos de sendas opciones; Volpe ocupó cargos importantes como historiador oficial del régimen, mientras que Croce, que no tuvo encargos académicos pero cuya actividad privada fue siempre tolerada, constituyó el referente fundamental del antifascismo liberal.

Sería empero el liberalismo el que no encontraría espacio en la opinión italiana del postfascismo, una opinión dominada por la cultura de los «vencidos» de ayer –los católicos, los socialistas– que en la Italia liberal habían estado en la oposición y que desde coordenadas diversas dirigían al régimen críticas convergentes. Los partidos antiliberales de otrora, que se habían convertido en mayoritarios en el sistema político republicano, buscaron para sí una nueva legitimidad nutriendo historiografías paralelas de partido. Los escritos de historia contemporánea obtuvieron un amplio eco. Floreció una historiografía política, o más bien partidista, que en un aislamiento recíproco y en abierta competición suministraba legitimación histórica a las nuevas fuerzas políticas. De este modo, convivieron por entonces una historiografía católica y una historiografía social-comunista, la primera en el gobierno, la segunda en la oposición –aunque ampliamente hegemónica en los más activos ambientes culturales–, cada una con sus propios circuitos académicos, sus propias revistas y editoriales y sus propias instituciones de referencia y abocadas a reconstruir la historia del movimiento católico y del movimiento trabajador y socialista, respectivamente. En este clima, abandonado todo tipo de interés por la casa Saboya, que perdió el reino en 1946, y dejado inicialmente al margen el fascismo como objeto de estudio, reapareció en cambio la *querella* sobre las características y límites del régimen liberal. La lección de los antifascistas antiliberales fue retomada con gran vigor por parte de una nueva generación de historiadores comunistas que aspiraban a profundizar en la tesis bosquejada por Antonio Gramsci en la cárcel acerca de la ausencia de una revolución

burguesa-jacobina-campesina en Italia, de la «traición» del *Risorgimento* y de la capacidad hegemónica de los conservadores con respecto a los demócratas. Los nuevos historiadores, nacidos en un ambiente sea fascista o crociano, no tenían familiaridad alguna con el análisis de las estructuras económicas. Razón por la cual el marxismo italiano de aquellos años fue muy político y sólo se adentró en el campo del análisis económico lentamente –y de manera acaso un tanto escolástica– siempre para sustentar la falta y fragilidad de la revolución burguesa-capitalista italiana como base del atraso del país y del fascismo. Tuvieron entonces gran resonancia polémica los escritos de un importante historiador siciliano de orientación liberal, Rosario Romeo, que en dura pugna con los marxistas, aunque sin rechazar sus instrumentos y categorías, sostenía que los límites del liberalismo italiano –la presión fiscal, la intervención del estado en la economía, el abandono de las zonas rurales, el proteccionismo, etc.– habían sido también la premisa necesaria del posterior desarrollo del capitalismo. La tensión política-ideológica en derredor de la historia del pasado era en aquel entonces verdaderamente intensa.

Sugeríamos párrafos atrás una distinción entre nacionalización y modernización. Pues bien, a mediados del siglo XX, el proceso de modernización, a pesar de ciertas áreas de atraso, podía darse en gran parte por concluido. La circulación nacional de los bienes y de las ideas y la homologación del idioma, de las costumbres y del estilo de vida eran ya una realidad, y el incremento del consumo hacía virtualmente posible para todos la participación en la vida de la comunidad nacional. No obstante, en una Italia ahora ya «modernizada» quedaban todavía activas fracturas políticas y culturales muy profundas que se remontaban a la unificación política y al antiguo «defecto de italianidad» relacionado con la falta de espíritu común y fidelidad institucional compartida. La identidad nacional estaba en suma malherida, y de nuevo la cultura histórica reflejaba esa herida y se proponía sanarla.

En el pasado, el objetivo de la cultura histórica italiana ya había sido dotar de legitimidad al estado nacional, pero la tarea se hizo más ardua e insoslayable tras la caída del fascismo y la derrota bélica. La serie de acontecimientos que se sucedieron entre 1943 y 1945 minaron seriamente las bases mismas del estado nacional. En julio de 1943, cuando las tropas aliadas ya habían desembarcado en el territorio patrio, Mussolini era destituido y el rey entregaba el gobierno al general Badoglio, jefe del estado mayor. Cuarenta días después, Badoglio firmaba el armisticio con los aliados, aunque sin asumir de manera inmediata una postura respecto de los alemanes, que estaban reforzando sus posiciones en Italia. El 8 de septiembre de 1943, fecha en que se da a conocer el armisticio, ha quedado en la conciencia italiana como el día del deshonor. El ejército se disolvió, el rey huyó de Roma y mientras los aliados ocupaban el Mezzogiorno, los alemanes ocupaban el centro-norte del país. Durante los largos dieciocho meses siguientes, Italia conoció una guerra civil, distintos gobiernos, ocupación y represión. Cuando en 1945 terminó la guerra e Italia era reunificada y pasaba después a escoger un régimen republicano (1946), a elegir una asamblea constituyente y a sancionar una nueva constitución democrática (que entró en vigor el

primero de enero de 1948), las viejas divisiones políticas se habían exacerbado en los meses de la guerra civil y se iban agudizando a causa de la inmediata guerra fría.

En ese marco, la retórica de la Resistencia hizo suya, no sin contrastes, una cierta pedagogía nacional unitaria que resultaba ahora aún más urgente que en el pasado. Nació entonces un relato colectivo de la experiencia resistente que proyectaba una valoración enteramente negativa del periodo fascista, con una dicotomía radical de tipo militante que tendía a dejar de lado las diferencias en el seno del régimen y a censurar toda concesión a sus razones y logros. Casi toda la clase intelectual antifascista –sobre todo en las generaciones más jóvenes– había nacido bajo el fascismo y se había adherido a ese régimen. Pero este origen fue soslayado por largo tiempo y el nuevo «relato hegemónico» no prestó atención al amplio consenso del que había gozado el régimen entre los italianos, y hacía por ejemplo énfasis en la participación italiana en la defensa de la República española mientras que corría un tupido velo sobre el apoyo a la insurrección franquista o sobre el entusiasmo por la campaña en Etiopía y la tolerancia hacia las leyes raciales de 1938. De igual modo, al tiempo que se prestaba gran atención a las cuestiones bélicas de los años 1943-1945, periodo durante el cual los italianos combatieron contra los alemanes, se descuidaban los años 1940-1943 y por ende también lo acaecido en las zonas de ocupación en Grecia y en Albania. Más aún, se difundió un juicio que contraponía la guerra de los italianos a la de los alemanes, y con ello el mito de los italianos «*brava gente*» que habrían soportado una guerra que se les había impuesto. La subterránea y natural hostilidad al régimen fascista que se presuponía en los italianos justificaba la idea de que el antifascismo había sido la verdadera expresión del pueblo y de que había habido un hilo conductor sin solución de continuidad entre fascismo, resistencia y república, de tal forma que esta última venía a ser la verdadera manifestación de una voluntad popular durante mucho tiempo reprimida; un nuevo «*risorgimento* nacional» después de que el país hubiera estado sojuzgado por una potencia extranjera. No por casualidad, la guerra llevada tras el armisticio junto a los aliados era descrita como un «segundo *Risorgimento*», como una guerra de «liberación nacional» acometida contra el «secular enemigo» alemán y sus aliados. Los fascistas italianos, identificados con el régimen filioalemán de Salò (localidad a orillas del Lago Mayor elegida como capital de la República Social Italiana, el régimen creado por Mussolini en el norte controlado por los alemanes) se transformaban así en una minoría de extranjeros en su patria. Huelga decir que no hubo espacio alguno para una «memoria fascista» ni una narración o investigaciones en esa dirección. Los libros de inspiración fascista quedaron al margen de los circuitos académicos o editoriales de prestigio. Esta visión llevó también por lo demás a enfatizar el papel militar y político de la Resistencia en la lucha contra los alemanes, y los italianos, que habían entrado en la guerra como fascistas aliados de Alemania, consiguieron aparecer a la postre como vencedores aliados de las democracias antifascistas. Añádase además que en los años de la guerra fría se libró una sorda batalla en el interior del frente antifascista para hegemonizar esta compleja narración patriótica, de la que se convirtieron en protagonistas las formaciones

políticas vencedoras, empezando por las comunistas, cuya contribución a la guerra había sido en efecto de primer orden.

Se repetían de este modo los «generosos anacronismos» que habían acompañado a la formación unitaria, cuando la mayor parte del país había sido ignorada y el esfuerzo institucional se había concentrado en la epopeya *risorgimentale*, de la cual se ofrecía por otra parte una falsa visión unitaria. Del mismo modo que en el siglo XIX se habían difundido las Diputaciones de Historia Patria, se creaba ahora una red nacional –incluidas las regiones donde la resistencia no había existido– de «Institutos de la Resistencia» dirigidos por los representantes de los partidos antifascistas (predominantemente social-comunistas y católicos) cuya finalidad era acopiar documentación histórica y realizar una tarea de investigación y divulgación, y que con el paso de los años han realizado en efecto un notable trabajo de horizontes cada vez más amplios y con una creciente capacidad de revisión crítica.

Ahora bien, el esfuerzo pedagógico que así se renovaba adolecía de una escasa penetración en el cuerpo social no muy diferente a la que experimentara la pedagogía patriótica decimonónica, aunque en esta ocasión no se debía a que los italianos no estuvieran ya alfabetizados, sino a una serie de causas que limitaron la eficacia del mensaje, empezando por la excepcional tensión política que condicionaba el razonamiento histórico. En el horizonte de las interpretaciones y de los mensajes historiográficos pesaban desde las viejas fracturas históricas (entre liberales y antiliberales, católicos y laicos, norte y sur...) hasta el resultado de la reciente guerra civil, pasando por el clima de la guerra fría y la posición de los comunistas, que era una fuerza política antisistema marginada políticamente durante mucho tiempo y a la vez fuerte gracias al amplio consenso de que gozaba en los ambientes literarios, editoriales e intelectuales. A lo cual hay que añadir cuando se habla de la historia del antifascismo y de la Resistencia que, como sucediera con el *Risorgimento*, la retórica y la pedagogía de estas narrativas no se adecuaban exactamente a la experiencia de la mayor parte de los italianos, que no podían reconocerse en la imagen de una guerra coral de un pueblo antifascista heredero de las guerras *risorgimentali* frente a la dominación de enemigos extranjeros o internos.

Gradual y procelosamente se fueron alzando voces divergentes. En 1965 aparecía el primer volumen de la monumental biografía dedicada a Mussolini y al fascismo por Renzo De Felice, un historiador de creciente autoridad y reconocimiento académicos; el último veía la luz después de su muerte en 1996. En esos treinta años y a medida que la obra ha ido abordando distintas etapas del régimen y se transformaba el clima político italiano, se ha ido perfilando cada vez más su postura «revisionista», que el autor reconoció explícitamente en algunas entrevistas e intervenciones polémicas. Con la intención de cuestionar lo que él mismo llamó «vulgata» histórica, es decir, la versión oficial comúnmente aceptada, De Felice dio la vuelta a muchos de los juicios corrientes sobre el fascismo. De éste resaltó así, valgan como botones de muestra, algunos aspectos modernizadores del mismo, los elementos izquierdistas presentes en su ideología, el difundido consenso de masas obtenido por el régimen

sobre la base de la eficacia de algunas políticas, el entusiasmo popular por la guerra de Etiopía, el carácter no enteramente totalitario del régimen –lo que lo diferenciaría del nazismo alemán– y por último el carácter de «guerra civil» que tuvo la contienda de 1943-1945. «Guerra civil» era un término usado por la derecha y que la izquierda siempre había rechazado para no equiparar las dos partes en lucha hasta que en 1991 apareció la obra de un conocido historiador de izquierdas, Claudio Pavone, titulada precisamente *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità della resistenza*. No soslayar que en ambos bandos había habido italianos que habían elegido opciones diferentes no significaba empero, para Pavone y para la historiografía antifascista, equiparar el distinto valor de la elección de cada cual; la fascista era una apuesta por la muerte, históricamente condenable, mientras que la postura antifascista, históricamente abierta al futuro, constituía el fundamento mismo de los valores democráticos y republicanos.

La investigación histórica ha abordado durante largo tiempo la complejidad de los acontecimientos del periodo de la guerra y de la Resistencia superando el esquematismo maniqueo de la versión oficial y abriendo nuevos campos de estudio. Reconociendo, por ejemplo, que la opción militante antifascista fue elegida por pocos y que no siempre resultaba una elección coherente y políticamente lúcida, se ha hablado de una «zona grigia» (zona gris); es decir, de esa gran parte del país que habría permanecido abierta o secretamente fiel al pasado, y en todo caso inerte e indecisa, o que se habría opuesto a la ocupación y a la deportación con actos «privados», no políticos. También ha sido objeto de estudio la militancia republicana de Salò, así como la historia de los que sí habían combatido a los alemanes aunque desde las filas del ejército regular y con ideales liberales, conservadores o anticomunistas. Se ha vertido nueva luz sobre la adhesión a las leyes antisemitas o la responsabilidad de las tropas italianas en las zonas de ocupación, y de igual modo sobre ciertas páginas oscuras de la historia como los comportamientos favorables a la Yugoslavia de Tito en el frente oriental por parte de los comunistas, los momentos en que éstos combatieron con las armas por la hegemonía dentro del frente partisano, o el caso de los ajustes de cuentas que siguieron a la liberación.

Este intento en principio crítico e historiográfico se ha visto no obstante sobrepasado en cierto modo por el nuevo significado político asumido por el «revisionismo» después de la caída internacional del comunismo y con la desaparición en Italia de todos los partidos políticos inspirados en la Resistencia (socialistas, católicos y comunistas) y la posterior afirmación de la derecha y su acceso al gobierno entre 2001 y 2006. Resulta en verdad comprensible que el derrumbe del comunismo haya producido una profunda reflexión y la aparición de acusaciones de adhesión al comunismo dirigidas contra muchos intelectuales demócratas (en ocasiones con lejanos orígenes fascistas, como ya se apuntara arriba), o que se hayan subrayado las «páginas negras» de la lucha antifascista. Pero más allá de estas oleadas de «anticomunismo postcomunista», la reafirmación de una derecha gubernativa que aglutina muchas de las pasadas «oposiciones de régimen» (oposición al Estado, a la política y

a la centralización institucional con Forza Italia y la Liga Norte, y a la memoria anti-fascista con Alianza Nacional) ha llevado una vez más al centro del debate político las cuestiones relativas a la identidad nacional, la posibilidad de una memoria compartida y las necesarias funciones de una pedagogía civil. En la óptica de una «reconciliación» de los combatientes de la guerra civil de medio siglo atrás, se ha pretendido dar igual legitimidad a las dos partes en lucha, en particular restituyendo espacios y dignidad a la opción fascista y a la militancia anticomunista. Silvio Berlusconi, jefe del gobierno entre 2001 y 2006, no ha participado nunca en las celebraciones oficiales del 25 de abril (fiesta nacional por cuanto aniversario del final de la II Guerra Mundial con la victoria antifascista). Sus ministros han puesto a disposición de la revisión histórica los acostumbrados dispositivos celebrativos y conmemorativos. Por su parte, el Parlamento de la República ha resuelto la celebración anual de dos días diferentes de la memoria (el 27 de enero, día de la apertura de Auschwitz), y el 10 de febrero, «día del recuerdo» dedicado a las víctimas de las *foibe* o fosas de Istria, unas cavidades cársticas donde los partisanos de Tito arrojaron a italianos y en general a las minorías istrianas y dálmatas víctimas de los comunistas.

Resulta difícil determinar la eficacia y la plausibilidad de semejante homologación institucional, entre otras razones porque el cuestionamiento que el gobierno de centro-derecha ha hecho de la «memoria oficial» de la República menoscaba además sus propios fundamentos constitucionales. Y no nos referimos únicamente al hecho de que los valores de la constitución republicana se basan en el pacto o acuerdo antifascista, sino y sobre todo a la cohesión nacional a la que, aun con todos sus límites, ese acuerdo ha intentado dar cuerpo. No en vano, el impulso anti-antifascista ha coincidido con una contestación a la unidad nacional y a la cultura *risorgimentale*. La sanción de una reforma constitucional ya votada y a la espera del referéndum que la confirme, que pretende introducir en Italia un sistema denominado «federal» (si bien con amplios poderes del gobierno central), ha venido acompañada de una intensa reactivación de los mitos medievales sobre las «libres ciudades del norte»: uno de los partidos del gobierno de centro-derecha, la «Liga Norte», toma su nombre y símbolos de la «Liga Lombarda» de los municipios que habrían sellado una alianza contra Federico I Barbaroja jurándose fidelidad un 7 de abril de 1167 en Pontida, una población de la provincia de Bérgamo (Lombardía) donde se realizan hoy las reuniones del movimiento. El símbolo de la Liga es la imagen estilizada de Alberto da Giussano, figura legendaria de hombre de armas que habría organizado y conducido la «Compañía de la muerte» que en la batalla de Legnano, librada en 1176 contra el ejército imperial de Federico I, habría defendido el «*carroccio*» de la Liga lombarda, un gran carro tirado por bueyes que entraba en batalla con un altar, una campana y los colores y estandartes de cada ciudad. En la misma coyuntura política, han sido recuperadas asimismo las polémicas clericales del siglo XIX contra el usurpador Estado liberal, han aparecido publicaciones o portales de internet que revalorizan la resistencia popular antiitaliana en el Mezzogiorno de los Borbones, así como publicaciones y páginas *web* que en el mismo estilo retórico del negacionismo anuncian

una supuesta «verdad» escondida por la ideología oficial. Naturalmente, todo ello se integra en un contexto neoconservador que va más allá del caso italiano, pero de todos modos existe y se ha beneficiado en este país de sólidos puntales institucionales entre 2001 y 2006. Véase, por poner un solo ejemplo, el «Centro Lepanto», que se inspira en el «Magistero inmutable de la Iglesia Católica» y cuya finalidad es la defensa de los principios y de las instituciones de la civilización cristiana. Tal vez más anticomunista que antiislámico, el centro toma significativamente su nombre de la batalla naval del 7 de octubre de 1571 en la que una flota de la «Liga Santa» católica derrotó a los Otomanos.

Es por tanto una ardua tarea distinguir entre el supuesto intento «pacificador» de los revisionismos históricos y las finalidades subversivas de más amplio alcance que apuntan a disolver el ordenamiento constitucional y a refundar la política sobre bases diferentes. No es ciertamente la primera vez que en Italia la oposición u oposiciones políticas proponen temas y perspectivas que se colocan fuera de la tradición estatal-nacional unitaria. Frente a tal fenómeno, las instituciones no pueden hacer sino volver a apelar al patriotismo *risorgimentale*. Que es lo que ha hecho, con excepcional vigor y capacidad, el presidente de la República Carlo Azeglio Ciampi durante los siete años de su mandato entre 1999 y 2006. Ciampi ha representado su papel de supremo garante de la constitución republicana de 1948, enfatizando su matriz democrática —y por ende a la Resistencia—, pero sobre todo situándola en una tradición patriótica de sesgo *risorgimentale*. Ha revalorizado el himno nacional (escrito en 1847 por un patriota mazziniano) y la bandera tricolor (de inspiración francesa revolucionaria y adoptada por Mazzini como insignia de la Joven Italia y más tarde de las insurrecciones del 1848-1849); y con desfiles, exposiciones, ceremonias, publicaciones y conmemoraciones ha acabado por hacer populares los símbolos del *Risorgimento*. Hoy, los jugadores de la selección italiana de fútbol, cuando las cámaras de la televisión los enfocan en primer plano, demuestran conocer su himno.